

El arte y la vida olvidados¹

Newton Cunha

Lo que de mejor el arte y el pensamiento occidental ha producido tiene raíces y troncos profundamente implantados en la cultura griega. Una cultura que, incluso recibiendo influencias orientales en su formación inicial, supo delinearse de una manera tan inusual y magistral que sus luces son aún visibles y sus ecos audibles, así como la radiación de fondo que, desde de los principios del tiempo, permanece dispersa por todo el universo. Pero esta observación banal con respecto a la literatura, el teatro, las artes plásticas o la filosofía (incluyendo las matemáticas), dejó en la sombra la más inefable de las expresiones humanas: la música.

Y sin embargo era una realidad práctica y frecuente en los acontecimientos de la vida helénica: en la vida cotidiana y en la eventual, en la pública y la familiar. Fue compañera, por lo tanto, de nacimientos y entierros, simposios, rituales religiosos, celebraciones cívicas, la marcha de la guerra, el esfuerzo de los remeros, el objeto de concursos anuales y la representación teatral. Aquí basta con recordar a Eurípides, quien en los versículos 673-678 de su *Hércules* (Ἡρακλῆς), afirma: "No dejaré de unir las Gracias de las Musas en una alianza de delicias. Sin música, no hay vida". Y del hecho de que, desde el siglo VI a.C., el propósito de la educación era llegar al ciudadano músico, es decir, a quien debería conocer y apreciar las

¹ Publicado como prefacio a la traducción portuguesa del libro de Theodor Reinach "La música griega", Editora Perspectiva.

creaciones y encantos de todas las Musas (Μοῦσας), y no sólo el arte de Euterpe.

Tanto los rituales religiosos como nuestra larga tradición artística -géneros poéticos, danzas, géneros teatrales- han evolucionado (y tal vez sólo podría haber ocurrido así) estrechamente ligados a la música o, en otros términos, a la organización del sonido, al juego entre la escritura y las formas métricas, los ritmos, los intervalos, las voces y los instrumentos que la hacen entonar de cierta manera, transmitiendo a la colectividad sus propios mitos y, al público, las pasiones subjetivas de un autor.

Fueron los himnos, cuyos orígenes se pierden en el tiempo, las primeras formas literarias-musicales de Grecia. A ellos están vinculados los nombres mitológicos de Orfeo, Museo, Linus, sacerdotes-cantantes de liturgias sagradas. También los aedos, que frecuentaban la corte micénica siglos antes que Homero, eran cantantes de poesía, como Demódoco, citado en la Odisea (VIII, 266-366) creadores de varias métricas de sílabas largas (-) y cortas (U). Entre ellos, el verso preferido de la épica, el hexámetro dactílico (seis pies de cuatro tiempos).

Bajo el nombre de "himnos homéricos", dado por una tradición tardía, los cantos dirigidos a los dioses, diosas y héroes se refieren a obras bastante diversas en sus dimensiones y separadas en el tiempo. Algunos, como los himnos a Hermes, Deméter o Afrodita, superan los 400 versos, mientras que uno de ellos, en honor a Zeus, contiene sólo 4. Algunos datan de los siglos VII y VI antes de nuestra era, mientras que otros pertenecen a la época alejandrina. Los más largos comentan o informan sobre travesuras de personajes míticos o legendarios de orden secundario, como Anquises o Eneas (Himno

a Afrodita), o rituales religiosos más reservados (los misterios de Eleusis en el Himno a Deméter).

De los cantos religiosos, dos se han convertido en los más comunes: el ditirambo y el peón (este nombre también se aplica al ritmo 3/2). El ditirambo era la canción que se cantaba en honor a Dionisio. Procedente de las fiestas populares, fue adoptado desde el siglo VI a.C. por los poetas ya consagrados. En cuanto al peón, prevalecía en ciertas festividades, como las Panathenaicas, en honor a Palas Atenea, pero también estaba dedicada a Apolo.

Tampoco se concebía una ceremonia de boda contractual (εγγυησις, *engyesis*), que suele durar tres días, sin música, canciones y danzas. Empezando por el loutroforia, el transporte de agua de una fuente sagrada al baño de los novios. En la Ilíada (canto XVIII, 490), encontramos un primer relato de las fiestas de bodas y de la alegría en Troya: "Las novias salían de sus habitaciones y eran conducidas por la ciudad a la luz de las antorchas, y se oían repetidos himnos de Himeneo; los jóvenes bailarines formaban ruedas, y alrededor de ellas sonaban los aulos y las cítaras, y las matronas admiraban lo que se veía ante sus puertas".

Durante los dolorosos momentos de la muerte y el entierro, la música valía como un lenitivo o anodino a los dolores de la familia y los amigos durante las tres etapas de la ceremonia: la exhibición del cuerpo (*prótesis*), la procesión (*ekphora*) y el entierro final.

A partir del siglo VII a.C., el género épico y la poesía didáctica, como la de Hesíodo, dieron paso e importancia a la poesía íntima y emocional, tanto monódica (solista) como coral. Será, en un principio, la época de Alcmán, Semonides, Mimnermo, Arquíloco, Calinos y Safo. Luego, la de T(h)eognis, Íbico, Anacreonte, Baquillides y Píndaro. Estos nuevos literatos se dedican a diferentes formas

poéticas, componiendo a veces ditirambos, a veces epinicios, elegias o yámnicos.

De las odas corales tendremos no sólo obras ejemplares como esta Pítica I - "Lira de oro, justa pertenencia de Apolo y de las Musas / con trenzas violetas! Oyes el paso inicial de baile de la espléndida fiesta; / y los cantantes obedecen tus signos, / al vibrar haces sonar los acordes iniciales / de los preludios que dirigen los coros" (Píndaro). De ellas también vendrá el coro de las tragedias, de hecho una serie de coros de odas intercalados con diálogos y relatos.

Si hoy podemos leer a Safo en silencio, o, a lo sumo, escucharla en forma de declamación - "Afrodita inmortal del trono abigarrado, / hija de Zeus, urdidora del engaño, te lo ruego: / con sufrimientos y angustias no somete, / Oh reina, mi corazón" - debemos recordar que sus contemporáneos sólo la oyeron bajo el acompañamiento de una lira (la de siete cuerdas) y que, por lo tanto, estaba en presencia de una canción y una armonía, y no sólo de una obra literaria. De ahí el nombre de poesía lírica, en toda su integridad, o incluso mélica, porque está indisolublemente ligada al canto.

Así es como todos los géneros poéticos - la lírica, el elegíaco (verso de cinco pies), el yámnico (generalmente usado para la sátira), el epinicio y el bucólico - encajan en uno de los tres géneros musicales: el diatónico, el cromático o el enarmónico. Desafortunadamente, de ambos registros queda poco, mucho menos el musical. No más de 61 fragmentos de partituras (σημειογραφοί - *semeiographoi*) o de *parasemantiké* (el término es de Aristóxeno), aunque han sobrevivido algunos tratados importantes de teoría musical, armonización, métrica o acústica, como los de Aristóxeno, Aristides Quintiliano y Plutarco.

El libro del gran helenista Reinach - *La Música griega* - nos explica con admirable sutileza las principales características teóricas de la música helenística, sin permitirnos borrar el enorme aporte que también nos legó en este campo, fruto de sentimiento, creatividad y de extraordinarios atributos racionales.